

Amanda Labarca H.

Semblanza de las Naciones Unidas

IV.—Impresiones personales: a) El papel de las pequeñas potencias; b) Técnica del trabajo; e) Los Delegados; d) Intervención de la Mujer; c) ¿Es la NU una organización capaz de asegurar la paz mundial?

(Conclusión)

IV. *Observaciones personales.*—A) *El papel de las pequeñas potencias.*—¿Qué contribución valiosa, qué aporte de importancia pueden añadir pequeños países como Chile por ejemplo, a una Asamblea de 55 naciones? Pareciera muy poco, y no es así. Chile, Perú, Colombia, Irán o Turquía, por no citar sino a unos pocos, forman una constelación de más de 40 entidades soberanas que al unirse, alcanzan una mayoría democrática capaz de oponerse a las grandes.

Cuando tienen de su lado la justicia y la verdad, son como David en su lucha contra el gigante. Pueden vencerlo. En esta última Asamblea su punto de vista prevaleció en algunas cuestiones de importancia:

a) En la petición de Africa del Sur para anexarse el territorio que administraba bajo mandato, petición apoyada por Gran

Bretaña y no combatida por los Estados Unidos. Las pequeñas potencias hicieron triunfar el principio de la no anexión.

b) En la queja de la India sobre el maltrato y discriminación sufrida por sus connacionales en el Africa del sur. Triunfó igualmente el criterio de los pequeños. Es verdad que en esta ocasión la abogada fué una mujer de extraordinarias aptitudes: la señora Pandit que al prestigio de ser la jefe de la delegación hindú y tener, por lo tanto, rango de embajadora, de ser la hermana del abanderado del nacionalismo, Pandit Nehru, añadía el talento, la versación, la gracia y la profunda atracción de una personalidad madura en la consideración de los problemas humanos.

c) En el asunto de España, sobre el que se aprobó un voto abiertamente propugnado por dos de las mayores potencias.

Estos son los asuntos principales, pero en muchos otros detalles de procedimiento, de reglamentación y de trabajo en los comités, la colaboración de los pequeños países sirvió de estímulo y de manifiesta utilidad. Por otra parte, éstos, que carecen de móviles imperialistas, se hacen los paladines naturales de los postulados democráticos de la Carta. Ello les resulta más fácil que a las grandes potencias, que más de una vez se abocan a una especie de contradicción íntima, la filosofía y los principios políticos que desarrollan en su vida nacional no son los mismos que aplican a los pueblos extranjeros cuyos recursos naturales explotan o a cuyos habitantes consideran inferiores. Este hiato, esta ruptura, esta inconsistencia es aprovechada por los países pequeños para abatir sus exigencias imperialistas, combatiéndolas sobre la base misma de los principios públicamente aceptados dentro de las fronteras de la metrópoli.

Malogran, sin embargo, los alcances y posibilidades de los pequeños países, el complejo de inferioridad de algunos de sus delegados, los cuales, admitiendo de antemano que su intervención no afecta la marcha de los asuntos mundiales, se alejan de las sesiones o esquivan participar en los debates. Tal hicieron

algunos países asiáticos e ibero-americanos, jamás naciones como Australia, Neo-Zelanda, Checoeslovaquia, para no citar a otras, cuya contribución fué constante, mesurada y siempre eficaz.

Por otra parte, la Asamblea de la NU es el escenario del mundo. A los pequeños países se les ofrece allí una oportunidad magnífica única, de exponer sus puntos de vista para que estos sean escuchados en una onda universal. Ellas, pues, deben ser las más cuidadosas guardianas de la eficacia y duración de la NU, porque son las más favorecidas por los principios de justicia y democracia de la Carta. Tienen todo que ganar y nada que perder, y juntas podrían garantizar la duración de la paz, siempre que no renunciaran a su independencia de criterio y no actuasen como simples satélites de las poderosas.

B) *Técnica del trabajo.*—Los reglamentos internos de la NU permiten tal liberalidad en las discusiones que éstas se prolongan más de lo indispensable. Las sesiones dedicadas a que cada país presente sus puntos de vista, al margen de cualquiera tabla expone a fatigosos y lentos discursos. El hecho de que sea necesario traducirlos al inglés y al francés, cuando no son expedidos en una de estas lenguas, triplica el tiempo de cada intervención. Mucho de lo que se dice allí podría muy bien entregarse impreso con antelación o si se estima indispensable escuchar los puntos de vista nacionales al comienzo de cada asamblea, convendría limitar de antemano el largo de las intervenciones.

Los dos sistemas de traducción empleados en la NU tienen sus ventajas y defectos. El simultáneo, forzosamente produce una traducción deficiente. Es pedir casi lo imposible, aun al mejor intérprete, que vaya traduciendo con perfecta adecuación al mismo tiempo que oye y que habla. El sistema de traducciones sucesivas es lento, pero permite obtener versiones más correctas y aun tiene la ventaja de que da tiempo a los delegados para preparar una respuesta. Indiscutiblemente aquellos que dominan las dos lenguas de trabajo: el inglés y el francés están

en situación ventajosa sobre los que deben confiar al traductor para que transporte sus pensamientos.

C) *Los delegados.*—He aquí una cuestión que no es la de menor importancia: las calidades requeridas a los delegados para que la nación que representan obtenga el máximo provecho de su actuación.

Desde luego, algo general. La obra de una colectividad no puede ser más inteligente que los hombres que la componen. Tengo la impresión de que faltaron mentes extraordinarias, conductores de tal envergadura que se alzarán en virtud de su propia magnitud por encima de los talentos. Había, sin duda, un nivel superior de inteligencia; la mayor parte de los delegados fueron elegidos por su capacidad y versación; las excepciones disonaban lamentablemente y fueron pocas. Casi ninguno, por otra parte, descollaba desde las alturas del genio. Y hacían falta, dada la importancia de la página de historia universal que se estaba escribiendo. Quierámoslo o no éramos responsables ante la historia, ante las generaciones venideras, ante los anhelos de paz del universo. Se forjaba el destino del mundo nuevo, de ese que deseábamos ver renacer como un fénix de las pavesas de los Hiroshimas de ayer.

¿Quiénes tuvieron importancia decisiva? Los que representaban a los 3 grandes hablaban desde la cumbre de sus naciones; les respaldaba el prestigio y la fuerza de sus imperios; la mayor parte de sus delegados, no todos, estaban a la altura de esa ingente misión. Los de las medianas o pequeñas potencias habían de suplir la falta de respaldo dado por su país con sus condiciones personales. He aquí las que me parecieron que triunfaban:

a) La personalidad talentosa, fuerte y acompañada de simpatía humana y cordialidad. Recuérdese que no se va a imponer por la fuerza de la nación, sino que hay que persuadir, y para ello se necesita exponer con claridad, precisión, franqueza y lealtad principios que a veces son abstractos y complicados; luego hay que ser capaz de darse cuenta del punto de vista del contrin-

cante y trabajar junto con él para hallar esos considerandos afines de los cuales puede derivarse una teoría nueva, que sintética, abrace o responda a las actitudes dispares.

No basta saberse poseedor de la mejor solución; hay que controlar alertamente los sentimientos de molestia por no haber vencido, de fastidio por el contrincante que objeta, a veces, majaderamente, al parecer, pero que en el fondo tiene que cumplir instrucciones de su gobierno y defenderlas hasta lo último. Hacen falta, además, una cortesía delicada para tratar a los colegas y especialmente al contrincante, de tal modo que no se sienta rebajado y poco afecto a ceder por propio orgullo herido, y una ausencia de complejos, tanto de inferioridad como de superioridad. La arrogancia que se vió en algunos delegados tuvo por resultado que sus colegas resintieran cuanto decían; hasta que el propio Presidente de la Asamblea esquivara ceder, a veces a sus insinuaciones. Hay que aprender además, a libertarse de toda elocuencia barata. La retórica producía un efecto pésimo, contraproducente y cuando se vertía a los idiomas de las traducciones, resultaba tan vacía, tan de hojarasca que molestaba hasta a los propios intérpretes.

El delegado debe poseer, así mismo, una sólida cultura política, social, económica y filosófica. Los problemas que se presentan no son en manera alguna sencillos tienen repercusiones en los más diversos campos; responden a doctrinas y actitudes vitales diferentes. Para comprenderlas en su amplitud, para ser capaz de rebatirlas o de buscar una solución de armonía, precisa llegar a fondo de sus postulados. A esa cultura general conviene añadir conocimientos especializados en algunos de los temas que determinan la separación de la Asamblea en Comités de trabajo. En estos es donde la capacidad de los delegados se hace más patente y en donde cada uno tiene, junto con una tarea, una responsabilidad que cumplir. Se reúnen a diario por seis o más semanas; a la postre todos concluyen por aquilatarse y por impo-

nerse los mejor dotados, provengan de cualquier país, grande o diminuto.

En los Comités fué también donde se advirtió más a las claras ese complejo de inferioridad de algunos delegados que, por estimar que sus países no tenían mayor acción ante los poderosos, no intervenían, o sencillamente se ausentaban de las sesiones, con lo cual no sólo dañaron a su propio país sino que también disminuyeron la posibilidad de los pequeños para vencer democráticamente apoyados en la mayoría.

El especialista, que domina a fondo una de las cuestiones del comité y que a la vez posee extensa una cultura, lleva considerable ventaja, logra respeto para sí, y más de una victoria para su país.

Ayuda eficazmente al Delegado su experiencia anterior en trabajos hechos en grupo o en asociaciones. En todo momento la expedición de quienes han aprendido a operar en equipo, de los que saben buscar de antemano el apoyo de terceros, de los que están habituados a llegar a conclusiones en forma democrática, resalta y hasta puede ser decisiva. Los ingleses parecieron los maestros en estas justas. Venían excelentemente preparados y muy bien elegidos.

Gozaron de gran ventaja los Delegados que ya habían participado en reuniones previas de la NU. Tenían amigos, eran estimados, conocían los resortes y las personas influyentes en casos decisivos. Interesa a los países aprovechar estas favorables circunstancias, integrando sus Delegaciones con personas que hayan demostrado su actividad e inteligencia en faerzas similares anteriores.

Por último, no es un factor despreciable el conocimiento cabal y el manejo de los idiomas de trabajo: francés e inglés, que permita a los delegados responder a las objeciones o participar en debates en ambos idiomas. Es verdad que los intérpretes y traductores rayan en maravillosos; pero de todos modos, no pueden colocar el acento de persuasión que dan los propios dele-

gados, y vale la pena que en algunos momentos decisivos, éstos hablen en los idiomas que prácticamente son universales.

En estas justas, la estatura de los delegados se mide por entero. Cuánto valen, cuánto son intrínsecamente, añade fuerza a la de su país o a la de sus razonamientos.

d) *Intervención de la mujer.*—Varios fueron los países que integraron sus delegaciones con miembros femeninos. La India invistió: a la señora Vijaya L. Pandit con la calidad de Jefe de la Delegación. Por estas circunstancias y por su capacidad personal gozó de un prestigio superior en las sesiones.

En calidad de representantes plenipotenciarias, estaban la señora Anna Eleonor Roosevelt, de los Estados Unidos, la señorita F. R. McIntosh, de Nueva Zelanda, la señorita Minerva Bernardino, de Santo Domingo, y la que suscribe.

Como delegadas suplentes asistieron la señora Bodil Begtrup, de Dinamarca; la señora Lefauchaux, Regidora de París, la señora G. H. van der Molen, profesora de Derecho Internacional en la Universidad Libre de Amsterdam; la señora Aase Lioness, leader obrera de Noruega y la señora Helen G. Douglas, diputada ante el Congreso Nacional de los Estados Unidos.

El grupo de consejeras y secretarias fué muchísimo más numeroso y varias de ellas participaron en los debates cuando los temas tratados eran de su respectiva especialidad.

La señora Pandit y la señora de Roosevelt se destacaron como figuras de primera magnitud, la hindú añadía al prestigio de su rango, la gracia, el talento y el conocimiento de los temas a su cargo. La señora Roosevelt en todo momento actuó con un gran dominio de las materias estudiadas, con muy buen sentido y claridad en la expresión y energía para defender los puntos de vista de su país.

En realidad, las naciones que integran su delegación con mujeres gozaron de la simpatía del público norteamericano, de una mayor publicidad y del privilegio de ser escuchadas siempre con gran respeto. En todo momento, ellas hicieron honor al man-

dato que habían recibido y en ocasiones ganaron para su nación victorias decisivas.

e) *¿Es la NU una organización capaz de mantener la paz mundial?—¿Asegura una esperanza cierta a los pueblos amantes de la paz? ¿Es lo bastante fuerte como para sobrevivir al violento choque de los intereses antagónicos e imponer el criterio colectivo sobre el nacional en asuntos que afecten la soberanía de cualquier país?*

Después de haber participado, dentro de la Asamblea, en debates en que los países pequeños se hacían escuchar con respeto, en que su voluntad mancomunada y solidaria, cuando se apoyaba en los dictados de la justicia, logró imponerse sobre el criterio partidista de las mayores potencias, en que presencié los esfuerzos honrados de todos—grandes y diminutos—para llegar a soluciones de equidad, gracias a concesiones mutuas, mi impresión es que la NU ofrece algunas esperanzas al mundo.

Algunas, no muchas, todavía, desgraciadamente, porque su estructura de defectos susceptibles de corregirse con la experiencia, y porque su vida, su capacidad de acción están condicionadas a la existencia de varios factores:

1) Que los pueblos de Estados Unidos, Rusia y Gran Bretaña alimenten un sincero anhelo de paz y que este deseo democrático no sea acallado por la propaganda prestigiosa, ni de la clase militar para la cual la guerra o el ruido de armas suele aparecérselos como el medio más expedito de imponer el predominio de su nación, ni de los grupos mercantilistas interesados en mantener los privilegios de sus grandes negocios;

2) Que todos los pueblos—especialmente los grandes—efectúen una amplia educación de la opinión pública en el sentido de la solidaridad universal, que ya no es una utopía, sino algo que está realizándose ante nuestros ojos, algo de que todos estamos gozando o sufriendo las consecuencias; gozándolas en los beneficios que nos ofrecen, por ejemplo, las instituciones internacionales de sanidad; sufriendolas en el pavoroso desquiciamiento

económico del mundo, desquiciamiento que padecen todas las naciones, aun las que estuvieron más alejadas de la guerra última. Comprender que no podemos escapar a las consecuencias mundiales de ningún gran movimiento económico, social o cultural de la hora presente, es una base para afirmar la necesidad de la NU y la obligación de todos los pueblos para asegurar su máxima eficacia.

La educación de la opinión pública debe orientarse, además, a esclarecer en la mente de todos, la revolución que implican los postulados de la NU. Durante siglos hemos estado acostumbrados a que en las relaciones internacionales predomine la imposición: imposición de la fuerza, del poderío económico, de la pujanza militar. Ese criterio—según la Carta de las Naciones Unidas—tendrá que ser reemplazado por el de la persuasión, basada en la equidad, en la justicia y en el predominio del interés colectivo del mundo sobre el de cualquiera nación. No se cambia de un día para otro la mente del hombre, llámese estadista o simple ciudadano. Forzosamente hemos de presenciar repuntes del criterio abolido, no una sino muchas veces, y para sofrenarlos necesitamos de una larga e intensa labor educativa.

Por último, esta educación mundial debe tender a suavizar los exagerados filos de los nacionalismos. El criterio de la soberanía absoluta debe abrir paso al de una soberanía relativa, acondicionada al mayor bien de la colectividad de las naciones. Como ello no puede ni debe en manera alguna sofocar las expresiones originales de los diversos pueblos, ha de encontrarse una fórmula para que estas tendencias diversas no se destruyan las unas a las otras, sino que se respeten, se toleren y concluyan por armonizarse;

3) Requerimos—y esto me parece de capital importancia—requerimos, además, paciencia. Si exigimos resultados inmediatos, nos abatirá el pesimismo. Los frutos tardarán en madurar. Para llegar a conclusiones aceptables para 55 naciones, precisa mucha discusión previa, mucho análisis, conocimiento, in-

teligencia y buena voluntad. Los que hemos presenciado tales discusiones sabemos que no es una tarea sencilla ni rápida.

Los problemas sociales, económicos y políticos que se discuten, encierran tantas facetas como naciones que los consideran y en el seno de cada una de éstas se entrechocan, asimismo, diversos intereses políticos, actitudes tradicionales y criterios filosóficos. No es una solución eficaz ni siquiera la de imponer un determinado criterio por la fuerza democrática de la mayoría. Cuando existe tal imposición el espíritu humano la acepta por algún tiempo, porque no puede hacer otra cosa, pero se rebela interiormente, acumula resentimiento y estalla tan pronto como le es posible. No basta imponer, hay que convencer, persuadir, para lo cual, además de tener del propio lado la razón y la justicia, hay que contar con condiciones especiales de personalidad.

Sin embargo, no es imposible llegar a acuerdos que pueden ser de dos especies: conciliaciones sobre determinados problemas, compromisos aceptados por unos y otros en aras de la paz, no como una claudicación de sus principios distintos, sino como una concesión mutua y pasajera, mientras se alcanzan soluciones más perfectas.

El otro camino es más difícil y lento, pero a la larga el más fructífero: es el de buscar un común denominador, un margen de entendimiento en que concuerden las diversas filosofías implicadas en el problema: los postulados de la democracia anglosajona, el concepto político de la América Latina, el de Rusia comunista, el de India, de China, de los pueblos Arabes. Parten de doctrinas y de actitudes vitales opuestas, antagónicas, a veces. No se trata de anularlas: su riqueza constituye uno de los tesoros espirituales del mundo, ni de eliminar estos cauces a lo largo de los cuales las diversas razas han expresado sus íntimos anhelos, aporte original a la cultura del universo. Se trata o de hallar la raíz profunda y común de donde han derivado, o elevarse a una síntesis superior que las englobe sin desvitalizarlas.

Para tal trabajo se requiere hombres y mujeres de alta cultura filosófica, amén de la política, y conocedores de los problemas históricos, económicos, jurídicos y sociales implicados en esas discusiones.

4) El criterio de la persuasión, al cual ya hemos aludido, ha de aplicarse no sólo en lo político, sino también en lo ideológico. La tendencia de cada doctrina poderosa es la de juzgarse a sí misma como la poseedora de toda la verdad. Esa soberbia la torna agresiva e intolerante. Mientras el mundo no se convenza de que cada fórmula religiosa, política, económica o jurídica representa apenas una solución relativa, valedera únicamente durante el tiempo en que responde mejor al doble anhelo humano: al de una adecuada satisfacción a sus necesidades físicas y su afán de hallar respuesta a sus anhelos espirituales, no estaremos ciertos de permanecer en paz, porque la intransigencia, la intolerancia, la arrogancia de haber descubierto y ser poseedores de una indiscutible verdad, ha llevado a los pueblos a destruirse implacablemente en el pasado y puede arrojarlos a parecidas o peores conflagraciones en el porvenir.

De la certeza de que toda ideología, por el hecho de nacer de mentes finitas, es imperfecta y relativa, puede emerger la tolerancia y el respeto por cuantos participan de sus variedades que, en el fondo no son sino aproximaciones diversas a una verdad suprema a la cual aspiramos todos, acaso infructuosamente.

5) Para asegurar su estabilidad, duración y eficacia, la NU tiene que desarrollar algún sistema jurídico que impida que las naciones se substraigan a sus acuerdos, ya sea ignorándolos, ya sea alejándose del seno de la institución.

Esto implica de nuevo la aceptación del criterio de soberanía nacional relativa y no absoluta, no sólo por las pequeñas sino también por las grandes potencias. Estas dificultosamente admiten transigir en lo que consideran sus intereses vitales, en beneficio de una solidaridad mundial; ni se avienen tampoco a acep-

tar que en nombre de ésta se castigue a los que la agredan cuando los culpables son una de ellas.

Cuanto se lleva dicho, entraña otros tantos obstáculos en el camino próspero de la NU, dificultades que no conviene ocultar, sino por el contrario, con el fin de que aprendamos a vencerlas. Pese a todas ellas, la NU es la única fuente de esperanzas, no sólo de paz: de sobrevivencia del hombre sobre la tierra. Una guerra futura, con las armas que se conocen y con las que se están experimentando, podría aniquilar las poblaciones de continentes enteros y pulverizar en un minuto los esfuerzos de siglos de civilización. La NU es la póliza de vida de nuestra generación y de las próximas.

En resumen, esta ingente maquinaria, este ímprobo trabajo de miles de buenas voluntades no es capaz de detener la amenaza de la guerra si los intereses antagónicos de las dos mayores potencias mundiales, los Estados Unidos y Rusia, no hallan fórmulas pacíficas de convivencia, ya lo expresó el Presidente Truman en su discurso de San Francisco: «Habéis creado un gran instrumento para establecer paz, seguridad y progreso en el mundo. Si descuidamos su empleo, traicionaremos a todos cuantos murieron para que nosotros nos pudiéramos reunir aquí libres y sin temor. Si lo usamos egoístamente para ventaja de una sola nación o de un grupo de naciones, seremos igualmente reos de esa alevosía. El empleo eficaz de este instrumento requerirá la voluntad unida y la firme determinación de los pueblos libres que lo han creado. La tarea pondría a prueba la fuerza moral y el coraje de todos nosotros».

Gromyko, el Delegado ruso, expuso pensamientos semejantes en esa misma ocasión: «La mejor y más perfecta constitución no basta—dijo—para asegurar que sus provisiones serán realizadas y que preservarán la paz. Para llevar a cabo esta importante y noble tarea es necesario, además, obtener la unidad y coordinación de acción de los miembros de la Organización Internacional.

Hoy, estamos temiendo un nuevo conflicto derivado por una parte de la imposibilidad de llegar a un acuerdo en la resolución de los problemas pendientes aun de la última guerra y por otra de la antinomia entre las ideologías democrática y rusa. Pareciera que la humanidad estuviera abocada en este momento a una fatal incongruencia entre los vastos y complicados problemas que tiene que resolver y la limitación de la inteligencia del hombre para su solución.

Sin duda que la inteligencia humana, ayudada por los instrumentos de la cultura y por las conquistas de ésta a lo largo de cuarenta siglos, tiene a su disposición recursos infinitamente más vastos que los del hombre primitivo cuyo horizonte social se limitaba al clan o a la tribu. Hoy opera en escala internacional con problemas de multiplicidad alarmante y progresiva. Y una se pregunta si la inteligencia media del hombre común (del que emergen generalmente los políticos), es capaz de resolverlos con probabilidades de éxito.

Pareciera que esta inteligencia, aun en los estadistas de las grandes naciones, no estuviera proporcionada a la complejidad que han alcanzado los acontecimientos. Los políticos geniales son escasos, se cuentan tal vez con los dedos de la mano en todo el mundo y los que actúan de ministros son, a veces, gentes superiores a lo común, encumbrados por los azares de la política a esos puestos decisivos, pero no tan magníficamente dotados, ni con preparación tan amplia como para conducir al mundo por caminos de paz, bienestar y seguridad. Requiere mucho mayor dosis de sabiduría mantener la paz que precipitar la guerra.

Por otra parte, esa obra compleja, necesita apoyarse en una opinión pública informada, lúcida y capaz de imponer sus anhelos a sus propios mandatarios. Todos están de acuerdo en que una nueva guerra concluiría de arruinar la ya dislocada economía mundial y que arrojaría a cientos de millones de seres a la miseria y al hambre, pero no hallan fórmulas de armonía fecunda entre las viejas tendencias de los equilibrios de poderes y

las diversas ideologías que se reparten el predominio mundial (3).

Grandes y pequeñas naciones no parecen aún maduras a la idea de que sus soberanías están de hecho restringidas y condicionadas, y quisieran actuar con absoluta independencia y desdén de las consecuencias de sus actos en los países vecinos o en el resto de la humanidad.

Hay algo que enardece la sangre y oscurece la visión de los pueblos al solo anuncio de una posibilidad bélica. El afán de predominio salta al primer plano y les ciega al horizonte de las desastrosas consecuencias de la guerra, aun para los países victoriosos. El peor arreglo es preferible a un buen pleito, saben ya los abogados; los pueblos aun parecen ignorarlo. Las Naciones Unidas trabajan para la paz; muchos gobernantes, ministros y parlamentarios continúan todavía preparando la guerra.

El primer requisito para asegurar la paz es que las grandes potencias permanezcan unidas, que ellas concilien sus diferendos pacíficamente y cooperen en la promoción del bienestar general. Sin esto, la Carta no puede tener éxito.

El segundo es que todos los pueblos la empleen para aquello que fué creada y acepten su papel de parte de un todo y no de entidades autónomas y aisladas. Mientras más fuerte es un país o mayor soberbia nacional posea, o mientras más desarrollado tenga su espíritu nacionalista, menos aceptará las limitaciones sobre su autonomía.

Vivimos en un mundo solidario. Esto es lo que hay que inculcar hasta que se grabe indeleblemente en la conciencia de todos, para que todos, grandes y pequeños reaccionemos en una forma colectiva y no individual. La humanidad tiene que recorrer mucho camino antes de alcanzarlo.

Recordemos, sin embargo, que desde los tiempos de Juan sin Tierra, la Magna Carta ha estado operando y que lentamente ha abierto el paso hacia los regímenes democráticos, en una labor de casi ocho siglos. No se puede esperar que la Carta de las Na-

ciones Unidas, mucho más trascendental para el mundo que el documento de los barones ingleses, se realice de inmediato y totalmente. Es un índice de las aspiraciones de la Humanidad, aspiraciones cuya realización es muy lenta y en extremo difícil. Sufrirá alternativas de altas y bajas, de victorias y derrotas, pero tiene que persistir, porque es el único camino abierto a las esperanzas de paz y seguridad del planeta.

(1) Varias de las noticias estampadas aquí provienen de las siguientes otras y folletos: Louis Dolivet: «The United Nations, a handbook on the New World Organization», New York, 1946. «Achievements of the General Assembly» en la revista: United Nations Weekly Bulletin. «Teaching About the United Nations», folleto publicado por la Asociación de Educación Nacional de los Estados Unidos, y «The United Nations», folleto 59 de la Foreign Policy Association de Nueva York.

(2) El veto en su acepción más lata afecta cuestiones de procedimiento, organización, de invitación para que participen en sus deliberaciones miembros de las Naciones Unidas que no pertenecen al Consejo y para considerar y discutir cualquier cuestión que éste aborde.

En el proceso de resolver pacíficamente una disputa, a las partes afectadas no se les permite votar aunque sean miembros permanentes, pero todos los otros miembros permanentes deben actuar por unanimidad; cualquiera que discrepe, impide la solución.

Este requisito de unanimidad de los miembros permanentes es lo que origina la posibilidad del ejercicio del veto por cualquiera de las grandes potencias.

(3) Sobre las ideologías dominantes en el mundo actual, léase el excelente libro del profesor de Filosofía de Yale University: F. S. C. Northrop: «The Meeting of the East and West». (MacMillan Company, New York, 1946).